

Un SUCESO irrelevante

Gustavo Acosta Vinasco

Prólogo

“RARA VEZ el periodista es testigo de los hechos en cierta medida relevantes”, reza un axioma del arte reporteril, previniendo del carácter mediatizado de la información que pueda obtener de sus fuentes, y del cuidado en la elección de las mismas para la reconstrucción de los sucesos.

Esto es aún más notable cuando, para no arriesgar, el periodismo actual, salvo excepciones, se ciñe y se habitúa a las fuentes oficiales, institucionales, y a una que otra agencia de noticias internacional. Pues el periodismo de consumo, a no ser un reportero de guerra (aunque la guerra también se consume) o un reportero anónimo previniendo el lugar de la noticia, un periodismo así permanece aún a gran distancia de lo que por sentido común llamamos “realidad”. Esto no sería extraño, de no ser la “realidad” —subjetiva u objetiva— su asunto de trabajo.

El que los periodistas hayan llegado a establecer una relación mercenaria con las fuentes habituales, al depender —fuentes y periodistas— de los lugares comunes de la cultura a los que dedican cíclicamente su atención, está paradójicamente fortaleciendo otras vías de periodismo, y en consecuencia llamando la atención sobre otra clase de sucesos o perfiles de la sociedad

actual, porqué no decirlo, mucho más banales, aunque totales para una conciencia individual.

En desacuerdo con algunos profesionales de la noticia, hoy puede afirmarse que cualquiera puede servir de periodista, dado el testimonio inminente que de un evento llegue a ofrecer un parroquiano cualquiera. Si alguien parecido a “el periodista” es observador y transformador espontáneo del suceso, entonces no hay información mediatizada. Será él el formador; conforme a su experiencia, el periodista (o alguien parecido a él) que cubra un evento en vivo, o lo presencie por sorpresa, es él mismo el intérprete, y su versión ha de tenerse al menos como plausible.

Quizás la acción informativa se parezca un poco a la filosófica o a la de la arquitectura —las tres, sin duda, constituyen pese a su realidad académica, las grandes “ciencias de la calle”— si se la considera como una acción necesaria según la etapa de la vida en que se esté transitando, pues nada exige que sean oficios permanentes.

Lo atroz, lo sobrecogedor o lo socialmente anómalo puede presentársele a cualquiera, aunque resulte irreportado. Como al periodista tra-

dicional se le enmarca en el cubrimiento tanto de una asamblea, un incendio, una catástrofe o un atentado, que son tragedias colectivas, a los periodistas casuales pueden acecharlo las tragedias individuales o los padecimientos anónimos de personajes ciertamente extremos, o envueltos en trampas invisibles.

Excursus

UNA DEFINICIÓN profana del nuevo reportaje personal perfila al periodista llanamente como “aquel quien se encuentra con una historia”, pero a la vez como a quien se prohíbe recrear esa historia con elementos ficticios o novelescos, de manera que conserve todo su carácter natural, e incluso sin tener que apelar a la metafísica de los datos o las estadísticas, pues más que la preparación o el olfato, es el azar el que topa al periodista atípico con el suceso. No se pregunta “¿quién me oirá?” ni “¿qué se dirá?”, ni porta diariamente su cámara fotográfica, atento como está con el sentimiento a descifrar los gestos de la máscara de la cotidianidad.

De los trabajos extremos que los ciudadanos diariamente desempeñan —asumiéndolo como una rutina necesaria, sana y hasta agradable— tales como el de ser bombero (de incendios o de gasolinera, igual ambos coexisten con el fuego como ánimas en pena), o transportador de finanzas (públicas o privadas, igual ninguno de los dos vale más que su objeto de cuidado), o albañil (en la torre Coltejer o en el techo del vecino, igual el seguro de vida es un lujo de los que pueden pagar el aplazamiento de la muerte), está entre ellos como incontable la noble función de ser el heraldo de la suerte, el mercurio anónimo que devuelve la fortuna a los jugadores urgidos, el oficio del honorable y liso vendedor de lotería; el lotero.

La historia

EL BARRIO PRADO. Sus habitantes están preocupados por la desbordada construcción de torres multifamiliares, y le imploran al alcalde para que su barrio de abolengo no pierda el aspecto desfiguradamente antiguo que tanto les enorgullece; pero hay algo miope —involuntariamente miope— en la estética y en las concepciones del bienestar. Otros responderán que es que resolver todos los problemas de la ciudad de una sola vez es imposible, etc., y mientras cada quien piensa en lo suyo la vida se va y la muerte permanece como un gato pendiente en la alacena.

Con razón matar a alguien es tan fácil, a alguien inerte quiero decir. Si sucede en un lugar tranquilo y poco transitado, por ejemplo en las calles de Prado, como sí sucede en plena urbe, en el centro congestionado y fumoso, la capacidad de reacción de los testigos o espectadores se aletarga, se repliega, se intimida.

¡Bala! Y lo primero que hará cada quien es

1° pensar terroríficamente si fue bala o no, pues aunque el seco viaje de la bala desde el martillo del arma a la boca del cañón es inconfundible y se escucha como en el vientre y percute en las rodillas, quien lo escucha quisiera que fuese un motor desfogando, o el estallido de un empaque plástico, o una botella estrellada. Esta identificación auditiva dura menos de un segundo;

2° esconderse como sea y donde sea, así sea en un escondedero de a peso, inútil, bajo un carro, tras los arbustos, en un porche de barrio. Este gesto primitivo y humanamente cobarde dura un poco más del segundo, de donde resulta que el evento se realiza en dos segundos, los que se demora el victimario desde apuntar hasta que enfunda el arma y huye en su *bici* niquelada siendo alcanzado si mucho por las miradas.

El hecho se completa con

3° la constatación del estado de la víctima, que puede durar (la constatación, la víctima ¿quién sabe?) desde algunos segundos si la inspección es superficial, hasta varios minutos si es que puede verse a simple vista que la víctima no se está desangrando.

Suelen coincidir a veces las últimas centésimas de segundo de la huída del victimario con el destape de un observador o auditor. Entonces, si no se es prudente, el victimario se lleva un vivo recuerdo de aquel al que dio la cara, que por haber cometido el error de haber dado *visaje*, se convierte en el testigo —el testigo es para el otro el criminal.

Testimonios

Así QUE LOS QUE DIERON y los que no dieron cara cuando aquel *mansito* de gorra roja montado en su *burra* le echó dos pepazos al viejito lotero, y luego fugándose falda abajo hasta desaparecer por “Bolívar”, cuando los ya no tan anónimos transeúntes se destaparon como en un juego de escondite cuando la mamá llama a comer al que estaba descubriendo a los demás... entonces todos nos dirigimos a ofrecerle auxilio figurado al vendedor de *quintos* que casi perdía el equilibrio de temblar, y los billetes de lotería ya mordidos por tem-

praneros compradores de los números más atractivos, tendían a despegarse del gancho y de la tabla desvaída, vibrando con prestada adrenalina. Los billetes de lotería casi se regaban por la miscelánea, el tendero jaló violentamente la silla rímax para ofrecérsela al lotero, y un jubilado madrugador un aguardiente que el lotero de boca desdentada se echó de un golpe.

Una señora lleva en una mano una bolsa plástica de almacén de cadena, con remesa comprada en miscelánea dentro. Ha presenciado todo con su pequeña nieta pegada al brazo que parece no comprender nada más allá del tetero que le tapa el rostro y su pañal cargado lastrándola al andén, sostenida en sus pequeños tenis como de mentiras.

Y un celador quizás más viejo que el viejo lotero, todos formaron un corro cálido y nervioso presto a satisfacer las solicitudes de una víctima indefensa. Lo miraban de pies a cabeza para ver si no botaba sangre por algún agujero abierto en el acto. El lotero se sacudía los pantalones a la altura de los gemelos como si acabara de pasar por un hormiguero.

Pasada lo sorpresa al ver que el lotero estaba físicamente ileso, asomó la inteligencia mística de los vecinos, “que la gracia divina había desviado las balas”, “que el espíritu santo iluminó al agresor, el cual disparó contra el piso

y las paredes sin razón alguna para matar”, o “que la virgen santísima, viendo ese muchacho enmarigüanado, asistió los miembros cansados del viejo, haciéndolos saltar ágilmente y evadir los proyectiles como si tuviera de nuevo los reflejos de un joven de veinte años”, como veinte años tendría el “vicioso” de la bicicleta.

Los mismos segundos transcurridos en los tres pasos anteriormente señalados, me demoré; yo que venía de la universidad sin una historia en la cabeza, con nada qué escribir para la prensa a la que no pertenezco, e irónicamente con la camisa echada a perder por la tinta del lapicero bolsillo abajo, con nada inteligente para decir a la “opinión pública”, ni mucho menos útil, y ni un gesto espontáneo con qué paliar toda la angustia que se asomaba por los labios secos del anciano, muda y palpitante, tan visible como las hojas enumeradas con los números de una suerte anónima, ¿quién sabe si ya elegidos, si ya jugadas?

De último lo primero

¿Qué no le sucedió?

R/ la muerte, mijo, la muerte.

¿Cuántos balazos no le impactaron?

R/ todos.

¿Dónde no le duele?

R/ en ninguna parte.

¿Cuánto no le robaron?

R/ chichiguas, si mucho la pequeña ganancia que me queda cada día.

¡Muéstrenos las no heridas!

R/... —se levantó el pantalón de corte, raído y sin tono, hasta las rodillas mostrando sus piernas flacas y varicosas, la tibia magullada y el peroné lampiño y arqueado.

¿Ahora qué no va a hacer?

R/ nada, qué más sino seguir la misma vida.

Describa a la persona que no lo asesinó.

R/ un desgraciado culicagadito —increpando con su puño hacia la carrera Bolívar, donde sólo los árboles y el sol llenaban la calle, y la fugaz tira del Metro pasaba como si nada—, ¡y le apuesto a que hasta la bicicleta es robada!

¿Le tiene rencor por no haberlo matado?

R/ claro que no, lo perdono de todo corazón.

¿Qué hará su familia desde hoy, el día en que continúa vivo?

R/ en realidad, no tengo a nadie que me espere, es que ni siquiera tengo casa.

Al beodo de la tienda, de seguro se le bajó un poco la prenda, porque tenía bien abiertas las cortinas de su esclerótida curtida, y parecía dominar su bamboleo fijándose en las sílabas pronunciadas nerviosamente por los labios cascarosos del vendedor. Como por tomar parte, sugirió al lotero en tono persuasivo, con las erres arrastradas y como seguro de sí, “va a tener que ponerse a vender los quintos en el parqueadero del Éxito, o en el Carrefour, ¡hip!, que allá si está más cuidado”.

—¡Vamos a llamar a los muchachos! —anunció irritado el tendero; él prefería ver las motos de la vigilancia privada, desde su mostrador donde dominaba 90° la esquina. Es que usualmente no dejaban de cruzar individuos sospechosos, en pandilla o solos, o carros que pasaban lentos por la esquina, y dentro muchachos con la mirada oculta bajo las gafas oscuras y las gorras de corté basketbolista, como pistiando.

Los vigilantes privados usan motos del mismo cilindraje de las de los policías patrulleros; pero estos patrulleros —digamos “laicos” o mercenarios— llevan chalecos de un color sobrio que todos los habitantes del barrio distinguen, y cuando el tendero ve pasar la moto con los muchachos de los chalecos se siente más tranquilo.

Epilogo

NO FUE UN HECHO prominente, ni atroz, ni lo suficientemente público como para ser atendido por los medios; yo mismo dudé en tomarme el trabajo de escribirlo.

Respecto al axioma inicial, cabe preguntarse si el periodista, no siendo tal y participa de un evento, inesperado, ¿tendrá la capacidad de reacción suficiente como para lograr comportarse como periodista? De todos modos, hay algo fisiológico en lo habitual; si en nada es alterado por el azar, por muy cerca que hubiera estado un evento, no tardará en olvidarse.